

AQUELLA CALLE, ALGUNAS NOCHES, AQUELLOS CABALLEROS

AQUELLA CALLE, ALGUNAS NOCHES, AQUELLOS CABALLEROS

FELIPE DE JESÚS HERNÁNDEZ RUBIO

§

CASA
ILUMINADA

DALTON TREVISAN

Primera edición: enero de 2025

D. R. © Felipe de Jesús Hernández Rubio, por su texto
y la versión de Casa iluminada

D. R. © Herederos de Dalton Trevisan

D. R. © Mano Santa Editores

Director: Jorge Esquinca

Editor: Emmanuel Carballo Villaseñor

Diseño y diagramación: Luis Fernando Ortega

Colección: Prueba de autor

Dirigen: Luis Fernando Ortega y Lizzie Castro

Diseño y Diagramación: Luis Fernando Ortega

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

mano *Santa*
EDITORES
COLECCIÓN: PRUEBA DE AUTOR

AQUELLA CALLE, ALGUNAS NOCHES,
AQUELLOS CABALLEROS

FELIPE DE JESÚS HERNÁNDEZ RUBIO

NOCHES HUBO EN QUE LOS CABALLEROS TIGRES salieron de la boca del lobo para adentrarse en el reino de aquel río de luz que, a lo largo de tres cuadras, se revolcaba en su lecho de asfalto y trocaba tan sabiamente los colores que hoy, todavía, se niegan a perecer en la memoria.

Ruido de coches, de música, de risas de mujeres, de cervezas y de rones que aclaraban el espíritu y nublaban recuerdos malignos, fantasmagorías guerreras y desamores.

Calle de Gigantes, donde los Caballeros Tigres conocieron la euforia de sentarse en una mesa de pista para disfrutar la semidesnudez de aquellas mujeres que arrebatában suspiros y enardecían pulsaciones; ahí también sintieron de una vez y para siempre la decepción del trueque de las caricias proporcionadas por unos dedos cálidos y fragmentos de corazón helado. Quién les hubiera dicho que detrás de aquellos escar-

ceos se encontraba la llave de unos conocimientos que sólo el tiempo entrega; que, en su desbordada avidez, apenas comenzaban.

Aquella calle de Gigantes y sus aledañas donde los letreros luminosos inundaban las pupilas; donde aprender a bailar costaba cinco pesos la pieza y los boleros entraban por los oídos para alojarse como benéfica bala en el corazón; calle donde algunos comprobaron que el ritmo afrocubano estaba hecho de la misma materia que la médula de sus huesos y por eso el movimiento del cuerpo era tan exacto como dicen que suelen ser ciertas ecuaciones. ¡Qué calle aquella! donde los Caballeros Tigres sumaron tragos y soledades, dividieron opiniones y multiplicaron andanzas de anuncio en anuncio (*La Araña*, 123, *El Sarape*, *Luna de Miel*) hasta agotar las risas, y a veces, por qué no, también los golpes.

Noches donde decir San Juan de Dios era dar el santo y seña, era convocar al insomnio y al cansancio de metáforas vividas, no de poemas escritos; decir San Juan de Dios era estar ahí, no darle cabida al recuerdo porque los timbales de la sonora en turno y los rones y las cervezas consumían de forma morosa cada minuto de un presente que no miraba el reloj ni soñaba en el futuro y la calle de Gigantes iba y venía, se contraía ex-

pulsando borrachos y patrullas policíacas pero exigiendo más frenética diversión, nuevos parroquianos que ambiciosamente pensarán que la noche es joven aún, que *veinte años no es nada*, que este es el único lugar donde los mariachis no callan; que en fin; como luego bien diría Alba en un poema que los Caballeros Tigre ya llevaban tatuado en el puro centro del pensamiento:

*La noche es para los vivos,
de los demás se encarga el sol.*

Certeras palabras convertidas en grito de guerra para ahuyentar el cansancio de aquella bulliciosa penumbra que los envolvía hasta que sonaban las cortinas de «aquellos antros» (como decían las buenas conciencias), que con su metálico chirriar eran capaces de acallar el tañido de cualquier campana llamando a misa. Otras veces era la enloquecida imagen del mundo circundante que se atoraba en la retina, y caminaba sobre el filo de la navaja que era aquella pregunta: ¿todo esto sucede allá afuera o aquí adentro? y venía la nublazón con los ojos ardiendo de sueño y otros fuegos que se negaban a ser fatuos.

Era la casi imperceptible luz del amanecer, poniendo leve pero firme color a las paredes, la que

provocaba la dispersión, pues los Caballeros Tigres se encaminaban hasta La Calzada (eco fantasma de un río desaparecido) y en el primero o segundo camión, todavía con sus faros encendidos, se volvían a perder en la boca del lobo que resultaba aquella ciudad, la en otros tiempos capital de Nueva Galicia.

De esto no han transcurrido muchos años, aunque los innumerables cambios numismáticos acaecidos hacen que así lo parezca. Los Caballeros Tigres hoy sólo pretenden ser caballeros. La calle de Gigantes todavía se llama igual pero, en aquel justo tramo, sucumbió ante los embates de una supuesta renovación moralista y urbana. Está, pero ya no es.

CASA ILUMINADA

DALTON TREVISAN

Versión de
Felipe de Jesús Hernández Rubio

DALTON TREVISAN. Curitiba, Paraná, Brasil 1925-2024. Sus historias se desarrollan en su Curitiba natal. Explorador de los más oscuros sentimientos y pasiones sofocadas. En su narrativa los detalles adquieren relevancia. Entre sus libros destacan: *Novelas nada ejemplares*; *El vampiro de Curitiba*; *La guerra conyugal*; *La trompeta del ángel vengador* y *Muerte en la plaza* al cual pertenece este cuento.

Publicar esta traducción, es un mínimo homenaje a quien fue un iconoclasta y, hasta sus 99 años de vida, apostó por la brevedad y la intensidad en el cuento.

AL CRUZAR LA CALLE OÍ UN GRITO DE SOCORRO. La casa con ventana abierta, toda iluminada. Allí al final del corredor, la mujer tirada en el suelo. Sentaditos en la silla de paja dos niños en pijama, balanceaban los pies en el aire. Ella ya no gritaba, un charco de sangre en el suelo. Le pregunté si podía levantarse, respondió que no.

El hombre surgió en la puerta.

—¡Ayude a mi mujer. Soy un criminal!

Traía la muñeca de la mano enrollada en la toalla roja. Cargamos a la mujer hacia el cuarto. Él se quejaba, caminando alrededor de la cama, que la mujer no cosía un botón en la camisa, no preparaba la comida a tiempo, no le daba la medicina a los hijos. Ella no decía nada siguiéndolo con el blanco del ojo.

La casa invadida por los vecinos; alguien reparó en los niños y fueron llevados para afuera. El marido insistió que lo acompañara al escritorio y cerró con lla-

ve la puerta. Pidió que me sentara, permanecimos de pie. Palpaba el saco, no se había deshecho del revólver. Señaló el viejo sofá de cuero negro.

—Aquí duermo. De mí ella no quería saber. —Dudando si seguía viva o muerta—. No quiere saber de mí.

Había tocado a la puerta en vez de entrar; después de beber, le gustaba atormentarla. La mujer abrió inmediatamente, prueba de que lo traicionaba. ¿Por qué no fue a la ventana para saber quién era? ¿Por qué no preguntó el nombre antes de abrir? Perra maldita, a la espera del amante.

Tirado en el sofá sin dormir. Comenzó a beber, ¿se suicidaba o mataba a la adúltera? No se la podía dejar al amante. Se delató una vez cuando él llegó de viaje. Debía tener a otro, estaba más bonita. Me preguntó sobre el lunar en el hombro, ¿era el izquierdo?

Alguien golpeó la puerta con fuerza. El hizo señal de silencio, el dedo en el labio. Una voz que la mujer había muerto. El delegado en camino, el marido huyera para evitar la flagrancia. En vez de desesperarse, estaba extrañamente calmado:

—Es el fin, ahora es el fin. —Y mirando hacia el sofá—. Ahora no tendré piedad.

Bebía para poder dormir; imaginaba a la mujer con el amante. Aquella noche entró haciendo escándalo, exigió el nombre del otro. Aunque ella había visto bien el revólver, le preguntó si había comido. Estaban en la cocina; cuando abrió el hornito le dio un tiro por la espalda. Cayó en el piso de ladrillo, se arrastró hasta la sala. Pidió que la ayudase. Con la mano le tapó la boca, no fuera a despertar a los niños. Que se levantara y dejara de fingir.

Gimió que no podía, la pierna insensible. Él fue al baño, se cortó la muñeca izquierda. Sangrando, cambió de idea —descubrir al otro. Alguien que pasaba por la calle oyó el grito de socorro. Entró por la puerta abierta. Podía ser cualquier persona. Y el amante que estaba a la espera.

*Aquella calle, algunas noches,
aquellos caballeros* de Felipe de
Jesús Hernández Rubio § *Casa
iluminada* de Dalton Trevisan,
se terminó de imprimir durante
el mes de enero de 2025, en
Guadalajara, Jalisco. México.

La edición consta de 45
ejemplares, numerados
y firmados por el autor.